UNAMUNO, WILLIAM JAMES Y KIERKEGAARD (1)

POR

LUIS FARRE

I

Unamuno no aprecia la erudición. Parécele que los conocimientos que proporciona quedan fuera del hombre, a no ser que luego se asimilen e incorporen al caudal de cultura de que está constituído el espíritu de cada uno. Estudia, lee y aprende, para saber en sentido socrático y, por tanto, formarse. Parte de su individualidad, que siente vigorosamente, y en la que ha depositado firme confianza, para ver y observar al mundo exterior. No se resigna a adaptarse, en un acatamiento de renunciación. No quiere ser cosa, sino persona. Y la persona peregrina, o procura peregrinar, impoluta e independiente, por aquella limitación espacio-temporal que le ha tocado en suerte o en desgracia. Mucho se le ofrece; las posibilidades encantan; pero pondera y luego selecciona e incorpora. Quiere sentirse segura, ella misma siempre, aun en las adhesiones. Es una actitud que supone ininterrumpida tirantez, pues el ambiente, golosamente, nos atrae. El mundo teme a estos hombres singulares y dotados de personalidad, pues inquietan a la mayoría, formada por los adormecidos. "El pueblo español tiene que despertar de su modorra", era una de las frases favoritas de Unamuno. El mensaje, por su fondo de verdad, puede extenderse a todos los pueblos.

La fe y confianza que uno se tiene a sí mismo se manifiesta en

---

(1) Libros básicos para este estudio. Sobre Unamuno: obras, especialmente *Ensayos*, prólogo y notas de Bernardo G. de Candamo, Aguilar, Madrid, 1942, dos tomos. Si no advierto otra cosa, citaré siempre de acuerdo a esta edición, indicando el tomo y la página; Miguel Oromí: *Pensamiento filosófico de Miguel de Unamuno*, Espasa Calpe, S. A., Madrid, 1943; Julián Marías: *Miguel de Unamuno*, Madrid, 1943; Hernán Benítez: *El drama religioso de Unamuno*, Universidad de Buenos Aires, Instituto de Publicaciones, 1949. Sobre William James: sus obras en diferentes ediciones; Ralph Barton Perry: *The Thought and Character of William James*, as revealed in unpublished correspondence and notes, together with his published writings, dos volúmenes, Boston, 1935 y 1936; Idem: *In the Spirit of William James*, Yale University Press, 1938. Sobre Soren Kierkegaard: la versión inglesa de sus obras, bajo la dirección de Walter Lowrie; Walter Lowrie: *Kierkegaard*, Oxford University Press, 1938; Régis Jolivet: *Introduction à Kierkegaard*, Editions de Fontenelle, 1946; Donzil G. M. Patrik: *Pascal and Kierkegaard*, a study in the strategy of Evangelism, en *Lutterwerth Press*, Londres, 1947, dos volúmenes; Cornelio Fabro: *Soren Kierkegaard o el hombre frente a Dios*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, octubre-diciembre 1949, págs. 326-378.

las lecturas. Unamuno era un lector insaciable. Y sabía leer, lo que muchos, que se consideran cultos y eruditos, ignoran. No prestó jamás ciega adhesión a los libros, a pesar de que eran los amigos para sus largas horas de recogimiento y meditación. Se mantenía alerta y vigilante ante las ideas: para rechazar muchas, modificar algunas e incorporarse otras. Y así era como enriquecía su espíritu. Se lo reconocía como muy propio, aunque no ignoraba extrañas influencias, conforme le enseñara una disciplina llamada sociología, con la cual simpatizaba muy poco: su herencia vasca, española y europea, el ambiente en que le tocó vivir y la dosis de cultura que le proporcionaron o se proporcionó. Estaba de antemano predispuesto para ciertos autores, porque veía en ellos almas gemelas o porque le regalaban ideas que acrecían, sin falsearla, la propia personalidad.

El encuentro con tales pensadores queda jubilosamente marcado en sus escritos. No es pródigo en elogios, aunque evidencia algo mucho mejor: la cordialidad, como si tales encuentros le hicieran vibrar en el cogollo del corazón. Insistiré sólo en dos de estos pensadores, los que, a mi parecer, más ahondaron por su influencia en el alma de Unamuno: Kierkegaard y W. James. Los menciona con suma frecuencia. No diré que ocupen el primer lugar en las citas, comprobación externa que de por sí muy poco significaría. Lo importante es que estos dos pensadores le llegan a lo íntimo, lo enriquecen y contribuyen a la formación de su personalidad, naturalmente sin que ésta deje de ser original en la máxima medida en que puede serlo un autor que, ante todo, quiere ser él mismo. "Ahí tenéis, muchachos, el enemigo: la ramplonería. Forzaos y esforzaos a decir lo más personal que se os ocurra; hurgad y provocad los recónditos fondos de vuestros espíritus; perseguid con paradojas, y embolismos, y extravagancias, a todos esos viejos de alma y no les guardéis respeto alguno. A ver si provocáis el delirio en esta sociedad, agobiada por la ramplonería. Que estalle de una vez de puro ñoña" (2).

Kierkegaard y W. James le son muy cercanos. Y a éstos siguen otros cuya actitud ante la vida y por sus ideas se les aproximan: Chestov, el gran poeta Carducci, Leopardi, Ibsen, Oberman, Pascal y una larga hilera de teólogos protestantes y modernistas. Con sus compatriotas contemporáneos es poco cordial. Alguien le preguntó por qué se ocupaba de autores americanos y no españoles. "La explicación es—contestó—que no leo a mis compañeros los escritores contemporáneos españoles. Y no los leo porque estoy escarmentado

(2) *¡Ramplonería!*, I, 658.

de que me digan lo que ya me sé" (3). Contra algunos de estos españoles, de los cuales recibiera una influencia directa, se expresa con la más acerba acritud: de fray Ceferino González, cerrado e intransigente tomista, dice que es "uno de los hombres que más tonterías han escrito en España" (4); y de Balmes, "esta especie de escocés-catalán" (5), "su pensamiento me parece rastrero y de corto vuelo" (6). Esta inquina, sin embargo, procedía, más que de un conocimiento ahondado, de opiniones antípodas en lo referente a la filosofía y a la vida, pues Ceferino González y Jaime Balmes son intelectualistas y escolásticos.

El descubrimiento de los dos autores a que nos referimos, especialmente Kierkegaard, son hechos capitales en la vida de Unamuno. Lo vigorizan en su individualismo, en el afán de realizar antes que teorizar y en una visión del hombre, del cual el entendimiento es una parte, y no la más importante. Fué uno de los primeros que en Europa dió a conocer al danés. "Y ahora—dice (7)—me voy a leer a Kierkegaard (quiero leerlo antes que se ponga de moda entre nosotros), a aquel sublime solitario de Copenhague, a aquel maestro de la desesperación resignada, a aquel luchador con el misterio." Un mismo calor y empuje los acuerda. Más de una vez cita aquellas frases, llenas de pasión, de la obra *O lo uno o lo otro:* "Quéjense otros de que nuestro tiempo es malo; yo me quejo de que es mezquino, porque le falta pasión. Los pensamientos de los hombres son delgados y quebradizos como agujas, y ellos mismos, tan poca cosa como costureras. Los pensamientos de su corazón son demasiado miserables para ser pecaminosos" (8). Es un grito pasional común que, frecuentemente, responde a ideas diametralmente opuestas.

El norteamericano penetra en su ánimo de una manera más sutil e intelectual. Le proporciona argumentos y explicaciones para una posición típica que adoptara aun antes de conocerlo. No es W. James un hurgador de su propio espíritu y atormentador del ambiente que lo rodea, como Kierkegaard; es un pensador que observa a los hombres, experimenta y, aunque, por principio, no muy afecto a descansar en teorías definitivas, razona y argumenta. Justifica en parte, pero reposada y serenamente, como estudioso, los

---

(3) *Literatura y literatos*, II, 1147.
(4) *¿Qué es verdad?*, I, 779.
(5) *Un filósofo del sentido común*, II, 1033.
(6) *El pedestal*, II, 582. Como publicista y político lo tiene en gran estima. Véase *Un filósofo del sentido común*, II, 1029-1037.
(7) *Desahogo lírico*, II, 517.
(8) Cita y versión de Unamuno: *Vulgaridad*, II, 596.

extremos pasionales del danés y del español. Unamuno lo trata con respeto de discípulo por sus "maravillosos ensayos" (9), sin dejar de expresar en ocasiones su disconformidad.

Muchos libros se han escrito sobre Unamuno, con miras a fijar su pensamiento, tan difícil de sistematizar, si es que ello es posible. Se mencionan a la ligera las influencias que sufriera; sin embargo, nos falta el estudio que rebase la ideología unamunesca, le busque conexiones y demuestre en qué forma late a la par o en disonancia con otros pensadores. ¿No se nos aclarará mejor su pensamiento, si lo contemplamos en parangón directo con Kierkegaard y W. James? Las frecuentadas lecturas y consiguientes meditaciones del español, el último cronológicamente, convierten los conceptos de aquéllos en internas vivencias. A mi parecer, tal paralelo nos evidencia aspectos no sólo del español, sino de los tres en conjunto, poco o malamente advertidos. Los dos pensadores mencionados han dejado en su ánimo un fértil sedimento que cultivó una individualidad propia, pero conservando matices de su origen. ¿Por qué esta parcialidad, puede preguntarse, a favor de Kierkegaard y W. James y no de Pascal, Kant y Schleiermacher, para citar sólo tres de los muchos pensadores que le eran cordiales? La razón es que, agudizada la comparación en los dos que nos hemos fijado como meta, se verán mejor los restantes círculos de influencia. Son los más próximos en el tiempo y llevan aquilatado el caudal ideológico de sus predecesores (10).

Se trata de dos pensadores aparentemente muy extraños a España. A lo más, se relacionan con ella, quizá con su parte más exquisita y original, a través de un misticismo expuesto simpáticamente por James y sentido o exigido apasionadamente por Kierkegaard. Aproximar a los tres, romperá esta cosa trivial y quisquillosa que estrecha los ánimos y las ideas, y que algunos han dado en llamar "patriotismo". Unamuno, a quien le "dolía España", era tanto lo que la amaba que quería para ello lo mejor, y elegía las ideas que le parecían buenas, sin atender a la procedencia. En esta mutua prolongación e influencia ideológica comprendemos la amplitud del conocimiento humano y vemos la pequeñez de aquellos que se han empeñado en achicar la inteligencia, al acotar sus márgenes, para hacerla regional y no universal.

---

(9) *El Rousseau de Lemaître*, II, 1051.

(10) Es innegable la afinidad, especialmente en motivos religiosos, entre Schleiermacher y Unamuno; pero creo que es indirecta por intermedio de James, quien fuera un admirador del pensador germano. Véase Richard B. Brandt: *The Philosophy of Schleiermacher*, Nueva York, 1941.

No es fácil denominar a estos tres pensadores. No les gustaría que se los incluyera, por lo menos a Kierkegaard y Unamuno, entre los filósofos. Es un título que se otorga con excesiva frecuencia y que arrastra consigo una estabilidad, fijación y, sobre todo, abstracción que no condice con las actitudes que adoptaron. El danés se debate en una modestia sincera al negárselo, pues no en vano contempla al mundo desde un autoanálisis que llega a lo inmisericordioso. El único título que parece admitir con complacencia, ¿y quién se lo podría negar?, es el de poeta, "un hombre infeliz que oculta profundos tormentos en su corazón, pero cuyos labios están formados de tal manera que cuando un gemido o un chillido pasa por ellos, suena como una hermosa música" (11). Unamuno, a pesar de que frecuentemente arrostra a americanos y españoles escasa afición por los estudios filosóficos (12), dice de sí mismo: "En cuanto a lo de mi filosofía, que la escriba otro cualquier menguado unamunista, que yo no lo soy. Seré yo ego, pero no soy egoísta. ¿Mi filosofía? ¡Bah! Antes tendrán que levantar un andamiaje bibliográfico y quedarse en él, que es labor de eruditos" (13). Unamuno no armó ni pudo armar un sistema filosófico porque se lo impidió, como dice Hernán Benítez, "el tumulto de sus pensamientos, que le borbotaban a chorros del inagotable manadero de su corazón". No obstante, aportan ideas, análisis y críticas que, si quizá no son suficientes para estructurar un sistema que responda estrictamente a las leyes de la lógica (propósito frecuentemente fallido de muchos que se consideran filósofos), son fundamentales para el sincero filosofar. En cuanto a James, basta leer el parangón establecido muchas veces por los autores norteamericanos entre él y Josiah Royce para darse cuenta de inmediato cuán inhábil es, a sabiendas, para dejarse aprisionar definitivamente en una conceptuación lógica (14). Es un pensador que aprecia la vida en su integridad, presta a múltiples y diversas cadencias, negándose al enclaustramiento ideológico.

Pero sí que son los tres profundos pensadores, dispuestos a rectificarse si se les comprueba hallarse en error. Kierkegaard, como

---

(11) El primer *Diapsalmata*, al principio de la obra, edición inglesa, *Either/Or*.

(12) *Educación por la Historia*, II, 1018.

(13) En *Ahora*, 21 de abril de 1934. (Cit. por H. Benítez, *ob. cit.*, pág. 53.)

(14) Josiah Royce es primariamente un intelectualista. Al establecer el parangón resalta el integralismo de W. James. Véase la obra citada de Ralph Barton Perry, cap. I, y George Santayana: *Character and opinion in the United States*, caps. III y IV.

si sobre él pesara una misión profética sobrehumana, es el menos inclinado a ladearse; cuando expone un problema, lo siente y sufre en el fondo de su alma, pareciéndonos a veces que nos habla con gemidos vivenciales más que con conceptos. Es éste el mayor encanto, y también tormento, de su lectura. Ante nosotros tenemos un hombre que se nos revela sincera y amargamente. Unamuno adopta una actitud similar, aunque no tan atormentada, pues extendía su atención a problemas que laceraban menos su alma. Más presto a olvidarse que el danés. Una actitud de repliegue, de observador, tan propia del psicólogo, vuelve imparcial y casi intelectualiza el estudio de sí mismo. No nos permite ninguno de ellos que pasemos superficialmente por las ideas, como si nos fueran extrañas: pensar es algo que debemos hacer bajo nuestra responsabilidad humana. Es un deber del cual no podemos escabullirnos, exigida por nuestra posición en el mundo.

Casi todos los filósofos, aun los racionalistas como Descartes o los idealistas como Hegel, nos inician con lo inmediato; luego, cautivados por un hallazgo que les parece providencial, olvidan al hombre y se entregan a la idea. No advertiremos esto en ninguno de los tres pensadores que estamos estudiando; aun cuando, en ocasiones, nos parezca que están divagando lejos, se mantienen asidos a lo inmediato. Toda la lucha de Kierkegaard, que lucha fueron su vida y sus escritos, podría sintetizarse en estas palabras: los hombres se han creado una religión sistemática y abstracta, para eludir la angustia de su peculiar problema cristiano. Unamuno, fastidiado por las distracciones de la inteligencia, repite hasta hastiarnos esta o análoga sentencia: "Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarla mientras viva" (15).

Hay dos clases de conocimiento, enseña James, el más razonador de los tres, el que está "en" o dentro de la experiencia, y el que va más allá; pero éste sólo se completa y consume cuando coincide con la realidad, y esto ocurre únicamente en la experiencia. Lo que él denomina conocimiento por *acquiantance*, aproximado, familiar, inmediato, de revelación directa, es el mejor y más seguro. No se trata de certidumbre, que podría ser cosa sólo de la inteligencia, sino de una intuición donde convergen lo conceptual y lo activo o actual; pues la idea, considerada generalmente como algo extraño, sólo por acaso transformada en objeto de conocimiento, se convierte ahí en la misma realidad. Es un conocimiento hecho vida, que va a la par con ella. No versa sobre conceptos despren-

(15) *Mi religión*, II, 296.

didos, que entran por momentos en la reflexión y luego se sueltan, como si no nos pertenecieran. Están ahí, en nuestra corriente vital, pegados a nuestro ser.

No es egoísta esta actitud, aunque quizá peque por una sinceridad extremosa, si se insiste exclusivamente en ella. El hombre queda recortado en una singularidad inconfundible. Se realza lo que ha vivido o vive, ocupando el primer plano, trabajado y administrado en un esfuerzo de perfección. No son hombres con ideas, sino propiamente hombres que las viven y realizan. Es casi imposible seguirlos y comprenderlos, sin observarlos en su andar por el mundo. Sus escritos nos vienen cálidos de vida humana, a veces serena, pero con mayor frecuencia pasional, porque en ellos se abocan íntegramente. Se han sentido y palpado en el universo, portadores de una misión específica que ellos, ellos solos, creen poder cumplir. Kierkegaard trabaja directamente sobre sí mismo, no sólo en lo que es o quisiera ser, sino en lo que podría ser. Se le ofrecen miles de oportunidades. Imposible realizarlas todas; pero algunas merecen más atenta consideración e incluso cierta elucidación explícita.

Entonces produce tratados o ensayos que firma con seudónimos, interpretaciones no del todo rectas de lo que él es o quisiera ser. Pero, cuando llega la hora de la lucha: de defenderse a sí mismo, no como un hombre de este espacio y tiempo, sino como portador de un mensaje, o de esgrimir el ataque que lastima también al que lo dirige por ser sus destinatarios personas que, bajo otro aspecto, merecen respeto; o que pueden ocasionar dolorosas consecuencias, entonces firma con su nombre y apellido. "Lo individual, dice (16), tiene diversas sombras, todas las cuales se le parecen y, de tiempo en tiempo, tiene un derecho igual a ser él mismo."

Esto de querer uno ser él mismo, sin reticencias ni claudicaciones, lleva a un sentimiento de soledad que lo sufriera el danés en sus últimos años y que Unamuno expresa en esta forma: "Puesto que estoy solo en el mundo—suelo decirme en los momentos en que esa extraña fantasía hace presa de mí—, puesto que estoy solo en el mundo y soy el único espíritu que en él habita, tengo que hacer todo lo que, de no existir yo, no habría quien lo hiciese" (17). Es un sentimiento vigoroso de la propia personalidad que convierte al hombre en centro del universo, sin menosprecio para los demás, con un imperativo categórico, a lo Kant, enraiza-

(16) En el artículo "The Repetition".
(17) *Soledad*, I, 684.

do en lo íntimo, eje y razón de la propia libertad. "Estoy profundamente convencido de que no tiene eficacia ni valor sino lo que arranca de la propia vida concreta" (18).

Y he aquí cómo estos dos pensadores, que son, por principio y actitud, contrarios al idealismo, se arriman al aspecto más extremista de los que lo propugnan: el solipsismo. Se salvan, aunque sólo a medias, porque la idea, hecha vivencia, se convierte en principio de acción; no descansan en un repliegue egoísta, sino que buscan dilatarse en hechos predicativos. Inflexible Kierkegaard y, en ocasiones, intransigente, al negar con énfasis que exista cristianismo, pues no hay ni un alma verdaderamente cristiana; un poco sofista Unamuno, al estilo de Protágoras, que se convertía en medida de todas las cosas, al arremeter contradictoriamente contra esto y aquello, porque no le gusta, porque no condice con su carácter, porque "El es él y basta", o porque quizá sea el "único español que exista en la tierra". Claro que luego, pasados estos momentos de arrebato, Unamuno, no Kierkegaard, se vuelve más tolerante, atormentado por las dudas que le despierta su misma singularidad en este mundo. Pero no demos mucha importancia a esta tolerancia, pues, a pesar de haber escrito un magnífico ensayo sobre *Escepticismo fanático* (19), es terco, extremando las condiciones de su carácter vasco y español, para no transigir con ciertas personas e ideas y ni querer comprenderlas. Nos recuerda en ocasiones aquella sentencia que él mismo cita de una caricatura francesa: "Aquí no se permite pensar libremente. ¡Aquí hay que ser libreprensador!" (20).

Hemos llegado a un punto en el que ambos se distancian de W. James, más por su temperamento que por los principios que defienden. Kierkegaard y Unamuno creen poseer una verdad o un conjunto de verdades, aunque sean provisionales, según el español, que deben predicar a troche y moche, y caiga quien cayere. Son de pasta reformista. Pero W. James, por su lado, es siempre el apacible razonador; y no es que esté privado de convicciones, pero quiere poder defenderlas con tal libertad y bríos, que no sean un privilegio para él solo, sino un derecho para todos los demás. Ralph Barton Perry (21) lo coloca entre los partidarios del principio inclusive según el cual deben otorgarse idénticas concesiones a todos los individuos en interés de la totalidad de la experiencia humana, imposible de lograr sin individualismo, liber-

(18) *Sobre la consecuencia, la sinceridad*, I, 847.
(19) *Escepticismo fanático*, II, 443.
(20) *Materialismo popular*, II, 450.
(21) *Ob. cit.*, 450.

tad y tolerancia. No hay libertad ni liberalismo que no estén acompañados del pleno reconocimiento de los otros o de la alteridad (*etherness*). "Hemos llegado a creer que, no sólo la diversidad, sino la totalidad de aspectos de la vida humana encierran diferentes excelencias, y aun el mismo hecho de la diversidad pertenece a la esencia de la excelencia..." Aunque hay un extremo al que no puede llegar la tolerancia. Es en aquellas ocasiones en que nos encontramos evidentemente ante la farsa, la mentira y la hipocresía que falsean al hombre y le impiden que llegue a comprender. Dos ejemplares de este tipo nos ofrece hacia el fin de su vida, para no golpear en el aire, Kierkegaard: el profesor de teología Martensen, y el obispo de Copenhague Mynster, seguro de que, en esta forma, levantaba el velo de la falsía humana que se revestía con ropajes religiosos. Unamuno, muchos de cuyos escritos son un continuo batallar, no tenía pelos en la lengua cuando se trataba de poner al descubierto actitudes simulatorias, tratárase de políticos, eclesiásticos o científicos.

Los tres parten, pues, de la singularidad, sin encerrarse en ella. Creen que el conocimiento de los demás y del mundo se inicia en el propio conocimiento. No son exclusivos, sino inclusivos, enriqueciendo la experiencia: podríamos decir que se sumergen, firmes en su individualidad, en la experiencia general. Son cautos en afirmaciones, incluso el mismo Kierkegaard, a pesar de que a veces, por la pasión que pone en las frases, nos parece presa de un ardor casi fanático. No son víctimas del espíritu de sistema, que todo lo explica o pretende explicarlo. El danés, que en su juventud participó en el creciente entusiasmo europeo por Hegel, cuya dialéctica aplicara a la teología el profesor Martensen, al recluirse en sí mismo, dióse cuenta de que él, hombre concreto, encerraba un misterio tan grande como la Idea y más difícil de explicar. El pragmatismo de James es una filosofía en la misma dirección. Una posición pragmática deja muchas posibilidades por descubrir, no puede establecer confianza excesiva en las conquistas del momento, a lo más preparatorias para más altos acercamientos, en un movimiento nunca definitivo del hombre, a la búsqueda de una verdad que jamás se le revela completa. Los dos conocían a Hegel y mantienen el propósito, no siempre explícito, de combatirlo. Unamuno le menciona algunas veces; sin embargo, no parece haberle preocupado mayormente; quedaba antipáticamente excluído.

2. VISIÓN DEL UNIVERSO

Toda actitud vital presupone una visión del universo, más o menos expresa. El hecho de vivir en el mundo, dentro de normas y modalidades que nos son agradables o fastidiosas, inclina a una opinión metafísica o trascendental determinada. Casi nos atreveríamos a decir que éste es el proceder más común entre los filósofos; de los efectos ascienden a la causa; del mundo en que se vive y que nos ha configurado pretenden intuir o sospechar las razones de su individual comportamiento. No procedieron en otra forma los tres pensadores que estamos estudiando. Desde su actualidad se abocaron a interpretar el abismo del cual surgían, con mayor detención William James que cualquiera de los otros dos, quienes sólo esporádica y rápidamente se interesaron por la metafísica. Los llevaba un empuje de mayor concreción, sobre todo a Kierkegaard, que resuelve la base del universo en la personalidad divina.

¿Se apartarán ahora de la experiencia, del individuo, que es cada uno de ellos, tan agudamente demarcado en el tiempo? Asistimos al tránsito de lo empírico a lo metafísico; ¿pero el tránsito es posible, sin que incurran en inconsecuencia? James es quien nos proporciona la más directa respuesta. Nuestra experiencia, enseña, la que resalta en este momento, enriquecida con la dualidad de alma y cuerpo, procede o se origina de una experiencia más general, a la cual pertenecía como posibilidad la realidad metafísica. Charles Pierce, creador del pragmatismo, denominaba a la primera, experiencia actual o alada, que se agita en el momento; y a la segunda, estado sustancial o descanso. Esta transitoriedad no aparece al acaso, sino que es un término que califica lo que ha sido y lo que ha de ser. No sólo se proyecta hacia el futuro, sino que reinterpreta el pasado. La experiencia, dice James, oculta conexiones que están más allá de lo racional y que, sólo por escapar a nuestra inmediatez, cabría considerar irracionales; no que lo sean realmente en sí. La experiencia es señera, se expresa en cada entidad personal: la forman sentimientos, el calor de la intimidad, los estados corporales, círculos que avanzan hacia otros *yoes* más amplios: empírico, material, social y espiritual. Este es su principio metafísico: "Todo lo que es real debe ser experimentado en alguna parte, y cada una de las cosas experimentadas tiene que ser real en alguna parte" (22).

---

(22) W. James: *Essays in Radical Empiricism*, en *The Experience of Activity*, 1912, 160.

No está muy lejos Unamuno de esta concepción del universo o metafísica, si así se quiere. Todo se reduce al dominio de la experiencia o conciencia. Le resulta impensable una vasta soledad inconsciente. Angustiado por su individual subsistir eterno, encuentra explicación y consuelo preguntándose: "¿Qué sería un Universo sin conciencia alguna que le reflejase y le conociese? ¿Qué sería la razón objetivada, sin voluntad ni sentimiento? Para nosotros, lo mismo que la nada; mil veces más pavoroso que ella" (23). Donde hay ser, existe una conciencia que también se conecta en su actualidad con el pasado y con el futuro. Claro que esta idea de Unamuno toma un significado angustiado y trascendente, casi religioso. No se contempla en el momento actual, sino que se prolonga, incluso contra lo que él denomina exigencias de la razón, a la vida inmortal del individuo y de la especie. Utilizando conceptos que quizá le suministrara un filósofo catalán, Turró (24), afirma: "Hay un mundo, el mundo sensible, que es hijo del hambre, y hay otro mundo, el ideal, que es hijo del amor" (25). Descubre y presiente, por el sentido íntimo, un mundo invisible e intangible. Nuevo Heráclito, tiene pasajes en los cuales nos demuestra su confianza en la experiencia pasajera, pero sólo para depositar mayor fe en aquel misterio a donde la razón no llega, porque "la razón es inhumana" (26). Adviértense presentimientos de Hegel, aunque sólo verbalmente. Para el alemán, el ser se agota en un pensamiento que se actualiza de continuo; existe, muere y renace. Unamuno se mueve, si no en lo racional, por lo menos en el anhelo, dentro de los conceptos de Berkeley: no hay ser sin conciencia, pero, ¡consuelo y esperanza!, hay una conciencia eterna y omnicomprensiva que abarca la totalidad del ser. Si es idealista, aunque nunca se planteó explícitamente el problema, lo es al estilo del mencionado filósofo irlandés, cuyas doctrinas actualmente, casi con fervor de misioneros, predican los personalistas norteamericanos (27).

Suena en las frases de Unamuno un sentido más personal, que convierte en inmanentes los problemas de la metafísica, similar por este tono a Kierkegaard. Este se pronuncia contra los propósitos intelectualistas de Hegel, quien intenta explicarlo todo racional-

---

(23) *Del sentimiento trágico de la vida*, II, 823.

(24) Doctor R. Turró: *Filosofía crítica*, versión castellana de Gabriel Miró, Atenea, Madrid, 1919.

(25) *Del sentimiento trágico de la vida*, II, 677.

(26) *La Grecia de Carrillo*, II, 985.

(27) El más destacado expositor moderno de esta tendencia ha sido el filósofo y teólogo protestante norteamericano Borden Parker Bowne. Véase Luis Farré: *The Personalistic Idealism of Bowne*, en *The Personalist*, Los Angeles, invierno de 1949, 51-6.

mente, impulsado por el espíritu de sistema. Es imposible que la mente finita abarque el amplio campo de la realidad. Analiza el danés especialmente la contingencia, que es lo que define al ser creado, restringiéndolo a tiempo y espacio determinados. De puntillas sobre esta contingencia otea al absoluto, el ser que nos influye, explicación de la realidad, convertido para nuestra experiencia en una eterna paradoja. Kierkegaard se ve en la imposibilidad de reflexionar sobre esta base metafísica del universo, sin enfrentarla consigo mismo, en la relación que guarda o debiera guardar con él. La cadencia personal que se adivina en James había sido vivamente sentida por Kierkegaard al estilo de los místicos. Como Hamlet, el príncipe de Dinamarca, oprimido en su singularidad por el absoluto, exclama: "Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que tú has soñado en tu filosofía."

Siempre andan aparejados en estos pensadores, es la primera conclusión que se nos impone, lo objetivo y lo subjetivo, no en sentido hegeliano, sino en una superposición jerárquica de *yoes*, dependientes o relacionados mutuamente. Hay objetividades que superan a sujetos particulares inferiores, pero pertenecen, a su vez, a una conciencia superior. El universo no es jamás soledad y muerte; es perennemente vida e inteligencia. Ser Yo equivale a experimentar la limitación de mi conciencia. "Me siento yo mismo, dice Unamuno (28), al sentirme que no soy los demás; saber y sentir hasta donde soy, es saber donde acabo de ser, desde donde no soy." Kierkegaard expresa lo mismo, especialmente en aquellos pasajes, numerosos, en los cuales describe al hombre tan recortado en su singularidad, que culpablemente pierde toda conexión con aquello que su inteligencia debiera comprender; intenta por distracción, con el propósito deliberado de no querer ver más allá, bastarse a sí mismo.

Se decide por lo que, en términos modernos, denominaremos el actualismo de Sartre (29); ciego esteta, satisfecho con las migajas placenteras del momento. Y esto es lo peor que puede acontecerle. Desciende a la animalidad, únicamente relacionada por el instinto con el pasado y el futuro. El hombre, en cambio, se dignifica y eleva, al ansiar una amplitud que lo supera, aquello desconocido que repercute en él angustiosamente. Con este sentimiento, no sólo rompe las limitaciones, sino que también logra su libertad, al abrir-

---

(28) *Del sentimiento trágico de la vida*, II, 784.

(29) A mi parecer, el sistema de Jean-Paul Sartre, más que existencialismo, debería denominarse *actualismo*, pues no se tiene idea de una existencia auténtica cuando no se valoriza el pasado ni el porvenir. Sartre abandona el hombre al momento, a la actualidad.

se los caminos de la posibilidad. Lo presente del hombre se ramifica, extendiéndose hacia lo eterno: "Entiéndese, pues, por el momento, la abstracción de lo eterno, que es una parodia del mismo, si ha de ser lo presente. Lo presente es lo eterno; o mejor: lo eterno es lo presente y esto es lo lleno de contenido" (30).

Con estas ideas, nos hemos ido acercando a la comparación entre lo inmediato y lo mediato. En Kierkegaard y Unamuno, más que en James, parece que lo inmediato, a pesar del énfasis con que lo expresan, aquello que forma parte de nuestra conciencia, pierde valor y categoría. Le han encontrado conexiones mejores, sólo insinuadas. Es una especie de menosprecio de lo estético aquella percepción por intermedio de los sentidos que decía Baungarten (31).

Han visto cómo se ha aplicado literalmente el sentido de esta palabra: una estética sin repercusiones, un arte que se queda en el ámbito de lo sensual. Aquí Nietzsche haría coro con ellos, disgustado por el predominio de lo apolíneo, el mundo de las formas, que no deja lugar al sentido dionisíaco, vital, impulsivo y profundo. Una satisfacción en las apariencias que hastiaba a los tres; pero que lleva a diferentes posiciones antagónicas en cuanto a la interpretación del sentido íntimo de la vida. Unamuno no quiere saber nada con lo estético o hedonístico de los que se quedan en las formas externas, esto es, en las ilusiones. "Ya conoces mi divisa: primero la verdad que la paz. Antes quiero verdad en guerra, que no mentira en paz. Nada más triste que entercarse en vivir de ilusiones a conciencia de que lo son. Al que oigas decir: *Hay que mantener ilusiones*, estímale por perdido; pues, ¿cómo ha de mantenerlas si las sabe ilusorias? No, amigo; el arte no puede reemplazar a la religión" (32).

Esto sí que lo aprendiera Unamuno de Kierkegaard: una estética correctamente entendida, afán y goce de lo inmediato que perenniza la actualidad ilusoria equivale a carecer de sentido metafísico. En su teoría de los tres estados, enseña el danés que el primero que debe vencerse es el denominado estado estético, al cual le es necesario el cambio continuo, pues únicamente lo que conserva la frescura de lo inmediato le proporciona placer. Consta de cinco grados que van desde el idealismo agradable y encantador hasta el sensualismo. Disfrutar de las ideas, congratularse de los paisajes y cosas inteligibles es lo mismo que buscar los placeres

(30) Kierkegaard: *The Concept of Dread*, cap. III.
(31) Baungarten: *Æsthetica*, edición de Bari, 1936, párrafo 10.
(32) *De la correspondencia de un luchador*, II, 311.

carnales, pues todo se reduce al placer como objetivo final de la acción. Ahí se demoran los que se quedan en la ilusión y dirigen toda su vida hacia la nada, al hacer abstracción de lo eterno y lo absoluto. A pesar de las apariencias, son los más desgraciados de los hombres; buscando el placer no encuentran sino el dolor; al aferrarse únicamente a lo inmediato, se pierden en las sensaciones sucesivas. Ya Platón en el *Filebo* y en el *Banquete* había tocado este tema, hasta casi agotarlo, con una finalidad ético-artística, para condenar a los que se regocijan en lo sensible, olvidadizos de las ideas eternas. Solamente si el alma sufre, lo que Kierkegaard denomina desespero, podrá salvarse. Desde cumbres religiosas expresa un concepto que W. James explicara y aplicara sólo a la psicología: "El hombre sano (esto es, el ético) vive a la vez en la esperanza y en el recuerdo, y únicamente así es como su vida toma una continuidad verdadera y llena" (33).

Algunos, sin meditar debidamente en el sentido de su filosofía, han tildado a W. James de romántico, a quien el mundo se ofrece como espectáculo donde se desarrollan y luchan posibilidades ofrecidas a la experiencia. El norteamericano, especialmente en su magnífico libro *The Will to Believe*, distingue entre lo estético y lo moral en manera análoga a Kierkegaard, aunque con menor profundidad. El esteta se limita a la contemplación, incluso de los más grandes conflictos que pueden presentarse en la vida. Con una superioridad cínica, observa un mundo en el cual se dan el dolor, la injusticia y la persecución, como si fueran ofrecidos en espectáculo. Se satisface en una unidad y armonía aparentes, reflejadas por lo inmediato, sin ahondar en la contradicción. Lo moral, enseña James (que en este caso asume un significado casi metafísico), merece la prioridad, pues tiene una ligazón más profunda. Hay que combatir el mal y desprenderse de este tosco individualismo (34). Es cierto que James se queda algo en la superficie, como Unamuno, pero ambos están muy lejos de la actitud de un Santayana, filósofo y poeta de lo estético inmediato, para quien todo aquello que no entra en esta última esfera es pura ilusión; la realidad sería lo estético, no el mundo metafísico (35).

Kierkegaard, asistido por un empuje místico que resbala sobre lo actual, presiente la seguridad y firmeza del ultramundo rechazado. Tiende con toda su alma apasionada hacia él. Por eso se

---

(33) Kierkegaard: *Either/Or.*

(34) Véase una exposición clara y apologética de esta interpretación en la obra citada de Ralph Barton Perry, págs. 147-148.

(35) Luis Farré: *El simbolismo en la filosofía de George Santayana*, en *La Nación*, Buenos Aires, 28 diciembre 1947.

refiere con severidad a todo lo empírico e inmediato de este mundo estético. Su alma está trabajada por la renuncia y el desespero religiosos. James ve las conexiones en una experiencia integral, obligándole esto a pronunciarse contra una contemplación egoísta. Más que en esperanzas, aunque no las niega, cree en la regeneración, realizada por una libertad bien administrada y dirigida: la superación del antagonismo entre lo estético y lo moral por el predominio de una libertad racional. Mientras Kierkegaard confía muy poco en este mundo de las apariencias, James es más optimista. No ha perdido su fe en los individuos y en la reunión de los mismos: la sociedad. Unamuno se encuentra en el camino intermedio. Quiere creer en el reflejo de una armonía fundamental ya en el mismo reino de la sensibilidad; pero los hechos se la desmienten, y entonces, refugiándose en Kierkegaard, vuelve la atención hacia la esperanza. Pero aquí le falla la fe, tan arrebatadora en el danés; y la mente y el corazón de Unamuno se llenan de dolorosos interrogantes. *Del Sentimiento trágico de la vida,* sigue angustiosamente las huellas de Kierkegaard sólo en parte, pues no ve resuelto el problema metafísico del más allá.

3. EL PODER DE LA VOLUNTAD: ÉTICA

Una experiencia integral que se extiende, no sólo a los sentidos exteriores, sino también indistintamente a las facultades internas debe, por necesidad, otorgar importancia a las manifestaciones de la voluntad y del sentimiento. Existe una vieja querella entre los filósofos sobre a cuál deba atribuirse la primacía: si al querer o al conocer. La moderna psicología ha desplazado por inútil una cuestión que se debatía en lo abstracto y, atenta a la observación, ha comprobado su idéntica importancia. El intelectualismo extremo ha sufrido una severa lección en pro de un hombre integral, donde todas las facultades cooperan a la consecución de un fin: la vida racional. Nuestros tres pensadores, que toman al hombre en su totalidad sin establecer sutiles distinciones, si se plantean la vieja cuestión es sólo con el propósito de destacar los derechos que pertenecen a la voluntad y al sentimiento, preferidos por algunos idealistas y racionalistas.

James no considera al entendimiento como una facultad al estilo platónico, provisto de un caudal de ideas cuya veracidad estaría previamente establecida. Serán los hechos, la práctica, los encargados de atribuírsela. Toda idea posee de por sí cierta verdad;

su plenitud en cuanto a tal, sólo la conseguirá cuando sea realizada. El entendimiento humano no está tan perfectamente organizado que pueda prever todas las implicaciones de sus decisiones. La acción y la vida lo instruirán. Eso sí, conviene disponer de un buen caudal de ideas para hacer frente a las posibles situaciones que se presenten. La vida humana se desarrolla y coordina porque vamos aprovechando las lecciones del pasado para las realizaciones actuales. La verdad *ante rem* significa solamente posibilidad de verificación (36). El entendimiento humano, limitado como es, no percibe el auténtico contenido de sus acciones y decisiones hasta que los ve cumplidos. No es omnisciente, sino un buscador de situaciones que le permitan una evolución normal y digna.

Unamuno desarrolla opiniones similares. El más trágico problema de la filosofía es conciliar las necesidades intelectuales con las afectivas y volitivas; nos aproximamos a la solución, si pensamos "con todo el cuerpo, con los pulmones, con el vientre, con la vida" (37). Verdad y vida andan a la par, evolucionando e influyéndose mutuamente como si fueran inseparables. El hombre, enseña, no debe estabilizarse en dogmas carentes de significado vital, pues el día en que dejen de ser operativos se convierten en cosa muerta (38). "A través del amor llegamos a las cosas con nuestro *ser* propio, no con la mente tan sólo; las hacemos *prójimos*, y de aquí brota el arte, arte que vive en todo, hasta en la ciencia, porque en el conocimiento mismo brota del *ser* de que es forma la mente, porque no hay luz, por fría que parezca, que no lleve chispa de calor" (39). En Unamuno, más que en James, advertimos un evidente predominio del sentimiento, casi más que de la voluntad, en la selección de las ideas que luego informan, incorporadas a su flujo incesante, la vida de cada uno. Probablemente no conoció la obra de Max Scheler, quien sistematiza, elevándola a la categoría de teoría, la vieja pretensión de los cordialistas que con Pascal asumiera rasgos casi heroicos. Es la lógica del corazón que responde a impulsos, contra la lógica de la razón que exige claridades. Si no la conoció, la practicó, sin embargo, durante toda su vida. Por temperamento no tolera a los autores que, a su parecer, son puramente intelectualistas, como Santo Tomás; o defensores de un sentido común que dispone de los conocimientos extraños a la sentimentalidad, como Jaime

(36) Véase especialmente su obra *Pragmaticism*, V.
(37) *Del sentimiento trágico de la vida*, II, 665.
(38) *Verdad y Vida*. II, 308.
(39) *En torno al casticismo*, I, 16.

Balmes (40). Le son radicalmente antipáticos, por lo que él considera frialdad lógica, alejada de la vida. En su ensayo *Ideocracia* (41) es donde mejor expone esta posición con conceptos que no cesa de repetir en diversos artículos. La vida está por encima de las ideas; por esto quiere vivir cuantas pueda, para enriquecerse con ellas; ser su dueño, no su esclavo. Entre los derechos múltiples que le asisten al hombre está el de contradecirse, ser cada día nuevo, "a afirmar mis distintos aspectos trabajando para que mi vida los integre", porque la verdad no está en las ideas, sino en la forma como se viven. He aquí una sentencia, reflejo directo de W. James: "La verdad es algo más íntimo que la concordancia lógica de los conceptos, algo más entrañable que la ecuación del intelecto con la cosa—*adaequatio intellectus et rei*—es el íntimo consorcio de mi espíritu con el Espíritu universal. Todo lo demás es razón, y *vivir verdad*, es más hondo que tener razón. Idea que se realiza es verdadera, y sólo lo es en cuanto se realiza; la realización, que la hace vivir, le da verdad; la que fracasa en la realidad teórica o práctica es falsa, porque hay también una realidad teórica".

En las relaciones entre verdad y vida, se aproxima más a James que a Kierkegaard; pero, en el énfasis con que propugna la vivencia práctica y sentimental de la verdad, está bajo el influjo del danés. Para éste hay una verdad definitivamente establecida, que no depende de los hombres. Esta verdad, hija de la fe, tiene que escudriñarla cada uno en sí mismo para que se le aparezca hecha carne en su propia vida. Sin embargo, los hombres se limitan a recordarla y exponerla; con ella los profesores confeccionan sistemas y los predicadores sermones, cuando lo único interesante es realizarla y vivirla. Kierkegaard no perdona a los que únicamente son ideólogos. Exige la particularización de las ideas en una selección querida entre las múltiples posibilidades que se presentan. Es ésta la única forma de ser testigo y, si se ofreciera el caso, mártir de la verdad. La verdad sigue a la verificación, enseña James. En forma análoga se expresa Unamuno. Para Kierkegaard hay una verdad *a priori*, pero de ella no podemos decir nada hasta que la hayamos realizado en nuestra existencia. En los tres, siempre la vida tiene que certificarla.

La palabra pragmatismo procede de Charles Pierce y, a desgana, aunque posteriormente se aceptó, fué aplicada al sistema de-

---

(40) *Un filósofo del sentido común*, II, 1029-1037.
(41) I, 233-243.

fendido por James. Descubre el proceso práctico de las pruebas teóricas. Más allá del núcleo de lo inmediato, donde la existencia y sus caracteres se hacen presentes, existe un área de juicios teóricos que congregan aquello que se considera fundamentado por la razón, consistente en otros juicios y verificable en la experiencia. Mediante el método pragmático se pone fin a interminables discusiones metafísicas; observa la verdad en acción en casos particulares y luego generaliza. Es la verificabilidad (42). Para Unamuno sólo existe y merece el nombre de verdad lo que obra, lo que está en actividad, pues es la voluntad la que se impone, no la inteligencia.

Los planes que nos formamos intelectualmente se realizan modificándose mediante el vivir. Las mismas verdades sobrenaturales, las de fe, son creídas, según el español, porque se aman, se desean y se quiere que sean verdad; opinión que ofrece cierta similitud con la de Santayana, de que la fe es la concreción de los anhelos del corazón. "Un antiguo apotegma escolástico decía que no puede quererse nada que no se haya conocido antes, *nihil volitum quin praecognitum*; y tal es el principio supremo de todo intelectualismo. Al cual principio debemos oponer, jóvenes, el inverso, y afirmar que no cabe conocer nada que no se haya querido antes, *nihil cognitum quin praevolitum*. El deseo es primero, y su realización después. Y el deseo no surge sino de la inteligencia" (43). Andan muy acercados el español y el norteamericano en el predominio que atribuyen a la voluntad sobre las decisiones del entendimiento. Unamuno ha encontrado en la doctrina de James razonamientos que, a su parecer, fundamentan una actitud característica de los españoles, para los cuales la voluntad, expresada por la *gana*, de contenido totalmente vital, es dueña y señora. Cuando el español dice "me da o no me da la gana", nadie podrá moverlo; desde su ángulo concreto defiende una verdad que es como su misma vida. Las razones, volátiles palabras, se estrellarán y romperán ante la dureza de una vida que vibra íntegra.

¿Cómo podrá fundamentarse una moral con estas actitudes? ¿Qué principios regirán la conducta?, se preguntará el intelectualista. No se plantearon nunca en estos términos el problema, a pesar de que la proyección de los tres hacia una trascendencia se lo exigía. Si la vida es verdad y la verdad es vida (y cada uno tiene que certificarla), el hombre, yo y tú, se convierte en principio. No perciben el extremo relativismo a que se desciende. Sin embargo, no lo

(42) W. James: *Pragmaticism*, II.
(43) *Almas de jóvenes*, I, 532.

aprueban todo ni lo admiten todo; suponen una jerarquía de verdades y se indignan, sobre todo Kierkegaard y Unamuno, contra aquellos que la han vulnerado. Para Kierkegaard sólo podemos comprobar su existencia previa, porque las realizamos; mientras que para James y Unamuno es la verificación lo que nos atestigua su verdad o realidad. Ninguno de los tres admite un testimonio puramente teórico; de la verdad se es testigo viviente, no razonador o expositor; o, lo que sería peor, un simple contemplador, que la ve en goce estético, porque, incluso la ética, sus reglas de acuerdo y desacuerdo, como decía W. James, pueden ser objeto de una inmediata contemplación estética. Es necesario el salto, afirma Kierkegaard, que se verifica en el instante, por el cual el hombre se arranca a lo estético y entra en el nuevo estado de la eticidad: la obediencia al deber, "de tal manera que esta conciencia dé la seguridad del valor eterno del yo" (44). Por este movimiento, nos instalamos en lo general. Es su repetición en nosotros, que no es mecánica, sino con una espontaneidad siempre renovada, mediante gestos que, por su perfección, parecen externamente uniformes e impersonales. Pero sólo al exterior, porque en lo íntimo está el yo instalándose de continuo en el universal. Aquella belleza y equilibrio armonioso de la vida que constituye el estado estético, pero que debe revelarse al exterior, transforma éticamente a la persona. El yo se ha encontrado, sin dejar de ser tal, en una armonía completa. No forzada, sino espontáneamente, está donde tiene que estar: en lo universal, que es la moralidad. Deja de ser un Jano bifronte, con una cara hacia el exterior y otra hacia el interior; se ha movido íntegramente como una sola pieza. La moralidad, pues, consiste más en una actitud o cambio radical, que no en una obediencia puramente externa a la ley. Similar a la exigencia de Kant de que solamente hay ética cuando la libertad se decide espontáneamente por el cumplimiento del deber, sin otros proyectos ni intenciones. "La ética es, y continúa siendo, la más alta palanca que se ha asignado a cada hombre. La ética es como la respiración eterna en medio de la soledad" (45).

En la idea que se ha formado Unamuno de la moral y practicidad, como testimonios para practicar la verdad, se aproxima más a W. James que a Kierkegaard. Cita el caso de Don Quijote, que se echó al camino y lanzó su reto, contra todo aquel que lo intentara negar, de que unas pastoras que le habían agasajado eran las más hermosas y corteses doncellas del mundo, exceptuando tan sólo a

(44) *Either/Or*, 2.ª parte.
(45) *Post-scriptum*, pág. 87.

la sin par Dulcinea del Toboso, porque son los mártires, a su parecer, quienes hacen la fe y no al contrario. "No faltará todavía chinche escolástico como para venirme con que confundo la verdad lógica con la verdad moral y el error con la mentira, y que puede haber quien se mueva a obrar por manifiesta ilusión y logre, sin embargo, su propósito. A lo que digo, que entonces la tal ilusión es la verdad más verdadera, y que no hay más lógica que la moral. Y de cuanto digo verdadero seré yo. Y basta" (46). No es necesario ser chinche escolástico para que salte a la vista la confusión en que se ha metido Unamuno, muy poco ducho en sutilezas éticas; y que todo lo dicho sería cierto, con tal que hubiera agregado que la tal actitud es moral, a causa de la intención, como admite, páginas más adelante, al referirse al salteador Roque Guinart, pues "son las intenciones y no los actos lo que nos empuerca y estraga el alma, y no pocas veces un acto delictuoso nos purga y limpia de la intención que lo engendra" (47). La moralidad está en el ánimo, no en los actos, como enseñara Kierkegaard al afirmar que se pasa, por salto espiritual, sin acción externa ninguna, del estado estético al ético. Consiste en la mutación de la voluntad. Tiene muy hondo sentido cristiano que los criollos argentinos consideren *desgracia*, no al hecho de que alguien resultara muerto, sino el haber tenido que matar a otro (48). En resumen, que la moralidad pertenece a la persona, lo que se ha afirmado desde hace siglos, aunque frecuentemente lo olvide la casuística. Desconfía Unamuno, y con razón, del extremado intelectualismo ético, cosa de abogacía, que anda a la búsqueda de razones y argumentos, pues si el ánimo no está naturalmente dispuesto, las razones se pueden contrarrestar con otras razones: "Si alguna vez he temido que se me anegara la conciencia moral, fué leyendo la teología moral de San Alfonso de Ligorio, por lo cual la dejé de lado" (49). Es la casuística la que engendra la doble moralidad: la del prójimo y la propia, pues no es raro encontrarse con ladrones que predican contra el robo para que los demás no les hagan la competencia.

También en ética, Unamuno oscila entre James y Kierkegaard. A veces nos da la impresión, en sus invectivas contra los intelectualistas, que todo lo espera de una voluntad y de un sentimiento casi ciegos, yendo más lejos que el norteamericano, quien, fiel a

---

(46) *Vida de Don Quijote y Sancho*, II, 226.
(47) *Vida de Don Quijote y Sancho*, II, 234.
(48) Citado por Unamuno: *Vida de Don Quijote y Sancho*, II, 234. También los rusos llaman *desgraciado* al delincuente y *desgracia* al crimen. Véase Fedor Dostoyevski: *La casa de los muertos*.
(49) *Sobre la consecuencia, la sinceridad*, I, 833.

la corriente prácticoutilitarista, iniciada por Jeremías Bentham y John Stuart Mill, sólo admite, por lo menos para el hombre que es de inteligencia limitada, la verdad en la verificabilidad. Sin embargo, la ética, si es condición mutativa del hombre y no exterioridad que se pondere de acuerdo a éxitos o fracasos, no puede consistir en hechos *a posteriori*. Kierkegaard, con mayor intensidad que muchísimos moralistas, lo vió bien claro, al establecer tajante diferencia entre estética y ética. El hombre es o no es moral, aparte de los hechos; depende de una cualidad personal, que los hechos se encargarán de certificar; pero éstos, por sí solos, no son suficientes testigos, pues la intención puede malearlos. Esta cordialidad y eticidad de la persona sólo la insinúa Unamuno. Está muy lejos de defenderla con la firmeza con que lo hace Kierkegaard. El danés, que vivió y vió la falla del moralismo y fe protestantes, insiste en la eficacia de los hechos, sólo éticos en cuanto expresan una interna condición transformada. Si Unamuno lo hubiera considerado mejor, aprendiera de Kierkegaard, de filiación religiosa luterana, aquella mutación espiritual del ánimo, en que tanto ha insistido el espiritualismo católico. La verificabilidad de James, una especie de moral del éxito, por extraño que parezca en un hombre de sentimentalidad tan profunda, lo lleva a posiciones doctrinales, que abiertamente condena cuando las ve realizadas en la práctica. Porque en lo íntimo de Unamuno, como lo ha visto muy bien Hernán Benítez, actúa y vive el católico.

(Continuará.)

Luis Farre.
San Martín, 981.
TUCUMÁN (Argentina).